

## EL NEGRO en AMÉRICA



**P**OCOS sociólogos y economistas han calado tan hondo en la realidad norteamericana como el sueco Gunnar Myrdal, al que debemos importantes estudios sobre la «esociedad de la abundancia» y sus frustraciones e insuficiencias. Un excelente análisis de Myrdal —«An American Dilemma»— ha servido precisamente de base para el ensayo de Arnold Rose, que acaba de aparecer en castellano bajo el título de «El negro en América» (Ediciones Ariel, colección «Nuestro siglo por dentro», Barcelona).

La cuestión racial ha cobrado en las últimas semanas gran intensidad. Logrados ya los derechos civiles, los negros norteamericanos intentan convertirlos en realidad, con la oposición, feroz a veces, de amplios sectores blancos, especialmente en los Estados del Sur. Las raíces

del problema se hincan, como, en general, en todos los casos de racismo, en la estructura socioeconómica, aunque una simplificación fundamentada en este criterio no agotaría su explicación. El mérito del libro de Rose radica en su método: no desconoce ninguna de las múltiples fuerzas que convergen en esa situación de crisis que ha adquirido sus tonos más dramáticos en los últimos días en los arrabales de Chicago y que puede estallar en cualquier parte del país. La guerra civil del siglo pasado, aunque cumplió sus objetivos prácticos —principalmente abrir en el Sur mercados al gran capitalismo del Norte—, llegó a realizar los teóricos —uno de ellos la liberación del negro— sólo de una manera formal. El propósito de Rose es el de ir más allá de todos los esquematismos para encontrar en las contradicciones reales, inscrita en un cuadro muy matizado, una interpretación convincente del drama social negro en U. S. A. De aquí que Rose no excluya de su análisis la consideración de temas muy concretos como son las distintas manifestaciones de la segregación racial, por mínima que sea su expresión.

Melchor Fernández Almagro

Vida y literatura de  
Valle Inclán

Taurus

**M**IENTRAS el análisis histórico-literario disminuye la estatura de casi todos los escritores agrupados bajo la denominación —inventada por Azorín en tanto a la ligera— de «Generación del 98», los mejores ensayistas agigantan la figura de don Ramón del Valle-Inclán, cuyo centenario se celebra este año. Gran renovador del lenguaje, excepcional intérprete de lo popular, escritor social en el más puro sentido del término, extraordinario estilista, Valle representa, quizá, en la perspectiva de hoy, la más alta cumbre de su generación. Pocos como él han sabido abordar la pequeña y compleja historia de la época isabelina. Por otro lado, su renovadora fórmula teatral continúa vigente en la actualidad. Resulta penoso comprobar cómo lo anecdótico, el suceso superficial pero brillante, la frase agudísima,

han podido sepultar, a los ojos de la mayoría, el ingente valor real de la obra valleinclanesca. Esta falsificación ha causado grave daño, en su formación literaria, a los escritores de las posteriores promociones.

A un mejor conocimiento de Valle ha de contribuir, en notable medida, el libro del recientemente fallecido Melchor Fernández Almagro que acaba de editar «Taurus» en una de sus más accesibles colecciones («Vida y literatura de Valle-Inclán»), con un interesante prólogo del narrador y crítico Francisco García Pavón. Fernández Almagro sigue la trayectoria de don Ramón, sus estudios, su aventura mejicana, su primera obra, sus vínculos con los modernistas, su anécdota familiar, sus mil problemas, la creación de su mito, su «carlismo» y su «progresismo», su vida en el teatro... La calidad del libro, rico en datos, reside, sobre todo, en su aportación de carácter informativo, puesto que es discutible el intento interpretativo que contiene.

**H**E aquí un libro («El Universo de la Ciencia-Ficción», de Kingsley Amis, Editorial Ciencia Nueva) que ha de despertar un profundo interés en el amplio, y muchas veces absurdamente vergonzante, público que sigue la ya vasta producción de la «fanta-ciencia». El Universo literario de la «ciencia-ficción» se ha ensanchado y depurado extraordinariamente en los últimos años. Amis cree, con toda razón, que leer y estudiar ciencia-ficción son fines válidos e interesantes desde cualquier punto de vista: literario, sociológico, psicológico, político, etc., aunque será el primero, seguramente, el que prevalezca sobre los demás. El autor se ocupa principalmente de las tendencias específicamente americanas dentro del género. Resulta curioso su método al relacionar el «jazz» y la «ciencia-ficción». También es interesante

la consideración del valor político objetivo del género. Para el estudioso de esta corriente será especialmente valiosa la detallada información bibliográfica que completa el trabajo de Amis. Este escritor, perteneciente a la promoción de los «jóvenes airados», nos ofrece, sin duda, en esta obra, el más lúcido análisis de la significación en todos los órdenes de la «ciencia-ficción», situando e interpretando justamente sus expresiones principales.

## vieja ola...

**C**UANDO André Malraux bautizó en el Festival de Cannes de 1959 la «nouvelle vague», liquidaba teóricamente le cinéma de la qualité, término acuñado anteriormente por el entonces crítico François Truffaut y que se refería al cultivado por los Duvivier, Carné, Autant-Lara, etcétera. Los jóvenes directores del cine francés propugnaban un cine de bajo presupuesto, más libre, menos encorsetado que el de sus predecesores. Se proclamaban discípulos de Rossellini y de Renoir, rodaban en plena calle, con la cámara en la mano, con actores desconocidos. Fue un verdadero «boom». En unos pocos meses surgieron más de cien realizadores nuevos: realizadores que en la mayor parte de los casos no llegarían a hacer más que una sola película. Pero de ese nutrido y anónimo batallón surgieron los jóvenes maestros: Godard («Al final de la escapada»), Malle («Ascenseur pour l'échafaud»), Truffaut («Los cuatrocientos golpes»), Chabrol («Le beau Serge»), Resnais («Hiroshima, mon amour»).

Los autores de la «nouvelle vague» reconocieron en Roger Vadim —que en 1956 había realizado «...Et Dieu créa la femme»— un renovador de los esquemas habituales del cine francés, al menos en la proposición de una nueva conducta femenina, más acorde con nuestro tiempo. El ánimo combato de aquellos jóvenes se fue remanzando con los años: el único que conservó aquel espíritu vehemente —y que incluso hoy día se permite decoraciones explosivas— fue Godard. Los demás, o se agotaron tras la primera película o siguieron profundizando en el camino iniciado: tal es el caso de un Malle, un Truffaut, un Resnais, posiblemente los realizadores más interesantes del actual cine francés. Godard se convirtió en el director prolífico: once largometrajes, cuatro episodios y alguna película firmada con seudónimo... Chabrol fue acoplándose poco a poco a los esquemas convencionales del denostado «cinéma de la qualité». Algunos más se dejaron absorber también por el más descarado cine comercial.

Aunque su primera película, «Un amour de poche», fue realizada antes que se produjera la explosión de la «nouvelle vague», Pierre Kast puede ser adscrito a ese movimiento. La crítica francesa saludó sus primeras películas, «Le bel âge» y «La morte saison des amours» como logro intento de estudiar las relaciones sentimentales desde una óptica diferente. El cine de Kast era agriúdice, poblado de jóvenes burgueses e intelectuales con veleidades izquierdistas, obsesionados por el autoanálisis y la reflexión sociológica y política y, sobre todo, por el amor. Kast ha sido uno de los pocos actores cinematográficos capaz de conceder a la mujer una autonomía, una independencia. Por todo esto se esperaba que la carrera de Pierre Kast fuera afirmándose cada vez más, llegando a producir, dentro de un tono deliberadamente «menor», una obra de cierta densidad psicológica y sociológica, y una descripción certera del comportamiento de la juventud —principalmente femenina— francesa.

Hasta aquí el Kast conocido «de oídas» o, mejor dicho, «de leídas». Porque su filmografía completa había estado ausente de nuestras pantallas. Y, de repente, en la incongruente programación veraniega, se estrenó una película de Pierre Kast: «El triángulo del crimen», una película que no tiene nada que ver con el Kast «de leídas». Quiero decir, que el público se encuentra con un film absolutamente mediocre de un realizador interesante. Como es sabido, la «nouvelle vague» no ha tenido mucha suerte con la distribución comercial de sus películas en nuestro país. «Los cuatrocientos golpes» y «La piel suave» (Truffaut), «El mundo del silencio» y «Vida privada» (Malle), «Alphaville» y «Al final de la escapada» (Godard), «El año pasado en Marienbad» (Resnais): a esta esneleta lista se reduce lo que hemos visto en España de los más importantes directores del cine francés. Pero, al menos, ellos han tenido suerte; esas películas son importantes y significativas de lo que es su obra, aunque resulta poco menos que grotesco, por ejemplo, que unos meses después de estrenarse «Alphaville» —es decir, una de las últimas películas del prolífico Godard— se dé a conocer «Al final de la escapada» —su debut como realizador, hace siete años...

El más perjudicado en esta anárquica distribución ha sido Chabrol. De toda su obra sólo se han visto aquí sus films más insulsos, más comerciales, en el peor sentido: «El tigre», «El tigre se perfuma con dinamita» y «Marie Chantal contra el doctor K», por no citar su estúpido episodio en «Las mayores estafas del mundo». Con Pierre Kast ha ocurrido algo parecido: desconocidas sus películas interesantes, ha venido a estrenarse la peor, justamente la peor.

Esta constatación nos remite a un problema que ha sido largamente debatido: el del analfabetismo de nuestro público cinematográfico. Pero habría que preguntarse si es el propio público el responsable de su incultura, porque si el público lector se encontrara en los escaparates de las librerías con que habían desaparecido las obras de Cervantes, Quevedo, Lope, Clarín, Galdós, Baroja, Martín Santos, no tendríamos razón en acusarle. Culparíamos a quien hubiera dispuesto que esos libros no se distribuyesen.

No basta, no puede bastar, que unos cuantos —aunque cada vez sean más— iniciados puedan ver en los cineclubs o en los viajes al extranjero las películas que de una u otra forma aquí se le hurtan. La cultura es, debe ser, dominio de todos: todos deben tener acceso a ella o, al menos, hay que poner los medios para que así se produzca.

JESUS GARCIA DE DUEÑAS